

HERMANO ORLANDO MAURO BUT, OSB

1929 - 2023



Orlando Humberto –tal era su nombre de pila–, nació el 15 de diciembre de 1929 en una zona rural del departamento de Federación, en el noreste de la provincia de Entre Ríos, Argentina. Por parte paterna, hijo de inmigrante italiano; por parte materna, nieto de inmigrantes italianos. Él era el mayor de 10 hermanos. Se crió no sólo en el seno de una familia numerosa, sino también profundamente católica, que con mucho sacrificio y gran fe llevó una vida hogareña de oración, trabajo, obediencia, respeto. Son virtudes y valores humanos y cristianos muy presentes en las familias de las colonias de entonces.

Ingresó en nuestra abadía del Niño Dios, de Argentina, en marzo de 1941. Tenía entonces doce años y se integró al grupo de niños aspirantes, llamados oblatos, que ingresaban a una edad promedio de 10 años y enseguida recibían el hábito. A los 16 años el hermano Orlando tuvo que pedir permiso en la Abadía para

volver a su casa por tiempo indeterminado porque su papá estaba muy delicado de salud. Resultaron 4 años de verdadera prueba para su vocación. En efecto, al cumplir los 20 años el hermano le dijo a su padre, ya recuperado: “Papá, de seguir en el mundo me toca el servicio militar, o bien puedo conocer a una muchacha, casarme y formar una familia. Pero, continuó el hermano, Dios me llama a volver a la Abadía y porque esa es mi vocación yo deseo volver y quedarme allá. Su papá le respondió: Hijo, puedes irte con mi bendición”.

Y al poco tiempo, la despedida y el anhelado regreso a la Abadía, su primer amor. El mismo año que volvió, 1950, y después de varios meses, se convirtió en novicio. Al año siguiente, 18 de agosto de 1951, se consagró a Dios como monje benedictino haciendo la profesión monástica, es decir, sus primeros votos. Desde ese día se lo llamó Orlando Mauro. El segundo nuevo nombre se le puso por san Mauro, quien fuera el primer discípulo y ayudante de san Benito. Por eso festejaba el día de su santo u onomástico el 15 de enero. Hizo su profesión monástica perpetua, es decir, sus votos definitivos, el 29 de agosto de 1954.

Sus actividades en el Monasterio fueron muchas y variadas, revelando un carácter y capacidades multifacéticas. Además de los valores cultivados en el hogar familiar, el buen hermano heredó de su padre la inteligencia práctica y se destacó como él en los oficios de herrero, carpintero, apicultor, por mencionar sólo algunos. Siempre muy bien dispuesto para todos y todo. Él fue de la confianza de los superiores de la Abadía, quienes le encomendaban la ejecución de determinados trabajos, tareas especiales, viajes. Fue durante muchos años miembro del consejo del abad. Pasó una temporada en el

Monasterio de La Pascua, la fundación de la Abadía en Uruguay. Con todo, mucho más significativo y edificante para nosotros fue su testimonio de bondad, generosidad, alegría, esperanza, sabiduría. Una vida larga y plena la suya. Sólo Dios conoce la fe, la esperanza y, sobre todo, la gran caridad de nuestro recordado hermano. Jornada tras jornada en el recinto del Monasterio, él llevó una vida escondida a los ojos del mundo, pero agradable a los ojos de Dios que lo había llamado. Vida de oración personal y comunitaria, de lectura orante de la Biblia, vida que se irradia hacia los trabajadores del monasterio, hacia los vecinos, los feligreses, los huéspedes que son atendidos como al mismo Cristo, vida de trabajo sacrificado, ya que el hermano Orlando muchas veces se levantaba a la madrugada para emprender un largo viaje con las colmenas en busca de floración. Vida fraterna con los hermanos que forman la familia espiritual, monástica.

Cuando hacía unos 40 años que el hermano Orlando estaba en la Abadía del Niño Dios, fue destinado a Chile, como otros monjes en distintas épocas, para revitalizar el Monasterio de San Benito de Llíu Llíu, Limache (provincia de Marga Marga, Región de Valparaíso). A ese bonito valle arribó un 6 de enero de 1984, día de Reyes y de la solemnidad de la Epifanía del Señor Jesús; llegó para permanecer otros cuarenta años realizando diversos trabajos y servicios de la vida diaria del Monasterio, entre los que destaca su fervorosa y fiel participación en el Oficio Divino (la oración litúrgica comunitaria), y tuvo la gracia de perseverar en el monasterio hasta la muerte, como san Benito dice al final del prólogo de su Regla. Entregó su alma al Señor el 13 de mayo de 2023.

El hermano Orlando murió como vivió y cosechó lo que generosamente sembró. Dios Padre retribuye ahora y con creces el

esfuerzo, el cansancio y hasta el dolor de su amado hijo Orlando. Humanamente hablando, es una gran pérdida, pero en la fe tenemos la certeza de que su dedicación y perseverancia fiel hasta el final, serán la semilla de nuevos cristianos y de nuevos monjes. Aunque no sea en cantidad, sí al menos en calidad.

Encomendamos su alma al Señor en la espera gozosa de la Resurrección final en la que se cumplirá definitivamente en él la recompensa prometida en las bienaventuranzas.

*Ut in omnibus glorificetur Deus*¹.

¹ “Para que en todo sea Dios glorificado”, 1 P 4,11; RB 57,9.